

*Impotencia Coeundi
y Generandi*



Médico Legista ponente:
JULIO ORTIZ VELASQUEZ

Impotencia Coeundi y Generandi

Capítulo I

Señor
JUEZ
E. S. D.

En el expediente que por "Corrupción de menores" se sigue en ese Despacho contra Elpidio Filemón, en la persona de Rosa Vanozza, dispuso su Señoría que se practique un examen en la persona de aquél, y se dictamine "sobre su estado mental y demás condiciones fisiológicas que permitan presumir que el sindicado conforme a su edad (70 años) ha entrado en decadencia y deficiencia orgánica y que nó es apto para la realización del cóito porque la flacidez de su pene y demás condiciones individuales lo imposibilitan para la complacencia sexual". (Fls. 56).

En atención a lo solicitado, por tres veces interdiarias hemos examinado al sindicado, estudiamos el expediente y el resultado pasamos a expresarlo así:

— LOS HECHOS —

Rosa Vanozza, de unos trece años de edad, fué víctima de abusos deshonestos el nueve de septiembre de mil novecientos cua-

renta y siete, por parte de Elpidio Filemón a eso de las doce del día.

Refiere ella que cuando su madre se ausentó de la casa, se acercó a ella Filemón y cogiéndola por mal, comenzó a tocarla por todas partes de su cuerpo, llegando hasta tratar de introducirle el miembro en su órgano genital, cosa que impidió porque pudo voltearse. Agrega la ofendida: "sin embargo continuó manoseándome por todas partes y me decía que le tocara eso a él y me mostraba la parte por donde orina; pero como me negara me cogió por mal la mano y me la llevó a esa cosa y hacía que le sobara. Cuando notó que unos vecinos de mi casa lo estaban viendo, se levantó rápidamente y salió huyendo". (Fls. 20).

Los testigos citados por la menor responden a los nombres de Zobeida, Pulqueria y Eufrosine. Las tres están acordes en afirmar que vieron cuando la citada menor le cogía y manoseaba el miembro viril a Filemón, quien tenía desabrochada la bragueta de sus pantalones.

Una de las testigos, Eufrosine, dice que vió cuando la menor Vanozza, le tocaba el miembro viril a Elpidio, pero que éste nó la tocaba a ella.

En cambio, el sindicato asegura no ser cierto lo aseverado por la Vanozza. Y las menores que declararon haberlo visto en actos deshonestos, se limitan a afirmar que la Vanozza manoseaba el miembro viril de Filemón, pero ninguna de ellas vió que éste manoseara a aquella.

— EL SINDICADO —

Elpidio Filemón, de unos setenta años de edad, es hijo de Antonio y de María de Jesús, pide limosna para su sostenimiento, es casado con María Dolores Croce, ya fallecida, según afirma él, pero hay constancias sumariales de que no es viudo, que su mujer vive y no lleva con él vida marital, (Fls. 16 y otros), que él no trabaja debido a sus muchos años, y pide limosna.

En sus antecedentes personales y hereditarios no hay nada digno de anotar.

— EXAMEN SOMATICO —

Es el sindicado un individuo enflaquecido, de un metro con setenta centímetros de estatura, de color moreno, cara arrugada; con arrugas múltiples en el abdomen y regiones glúteas.

En sus aparatos circulatorio, hay endurecimiento de las ar-

terias; digestivo y respiratorio normales, a excepción de algunos signos de bronquitis crónica, lo que es muy frecuente en los sujetos de edad avanzada.

Sus reflejos rotulianos, son también normales. En los dedos de las manos se ve el temblor senil. El ojo derecho en midriasis permanente y sin visión de lejos. Organos genitales, normales.

— EXAMEN PSIQUICO —

Es un sujeto que puede ser influenciado fácilmente por palabras o actos de los demás. Le falta espíritu crítico que le permita discernir la acción sugestionadora o perturbadora de los que lo rodean, y contesta siempre en forma imprecisa, dejándose conducir fácilmente a afirmar lo que se le insinúe.

He aquí algunas de las muchas respuestas que nos ha dado en el curso del examen:

Preguntado: Cuánto vale un par de panela? Responde: Es que la vida está muy cara, creo que cuesta un condor (diez centavos). Preguntado: Si usted tiene veinte centavos, cuántos pares de panela compra con ellos? Responde: Yo no se. Preguntado: Cuánto tiempo hace que usted enviudó? Responde: Siempre hace añitos. Preguntado: Pero cuántos hará, veinte años? Responde: Sí señor, por ahí. Preguntado: Pero usted me había dicho que hacia cuatro años. Responde: Sí señor, así será. Preguntado: Cuánto hace que usted se casó? Responde: Ya hace tiempito. Preguntado: Pero cuántos años, más de diez? Responde: Sí señor. Preguntado: Más de veinte años? Responde: Sí señor. Preguntado: No serán cincuenta años? Responde: Sí señor; así será. Preguntado: A usted todavía le gustan las mujeres? Responde: (riéndose infantilmente). Sí señor. Preguntado: Todavía tiene erección de su miembro viril? (parece no entender la pregunta y después de algunas explicaciones se ríe) Responde: Sí, pero poco.

No sabe leer ni escribir.

Estudiando sus elementos psíquicos, tales como atención, percepción, ideación, afectividad, voluntad, memoria, etc., se descubren en el examinado datos interesantes.

Así, por ejemplo, su atención es regular en calidad y mala en duración: fácilmente se fatiga.

Su memoria presenta las lagunas propias de las personas de edad avanzada.

En su percepción no hay ilusiones ni alucinaciones. La idea-

ción es mala. Su orientación en el tiempo es mala; no sabe en qué día estamos hoy, ni el año, etc. Su orientación en el lugar, es también mala. Así, por ejemplo, en la penúltima visita a nuestra Oficina, fué conducido a ella por un agente de policía que lo trajo del barrio de la América, lugar de su residencia, y lo dejó conversando con nosotros. Terminada la entrevista, se le dieron cinco centavos para pagar el tranvía: se fué a la Plaza de Cisneros, se subió a un tranvía, y resultó en Buenos Aires.

Su afectividad es superficial, a pesar de que su mujer vive, él dice que es viudo, y no manifiesta cariño por sus familiares.

En su esfera volitiva hay abulia, apatía, indecisión, sugestionabilidad, de modo que se le pide una respuesta y se le contradice; varía de parecer; duda de lo que ha dicho, y sus conceptos quedan en la incertidumbre más infantil, afirmando siempre lo que quiere su interlocutor, a no ser que se relacione con la imputación del delito de que se le sindicó, porque entonces sí dice enfáticamente: Eso fué un abuso; yo no le dije ni hice nada a esa muchacha.

Hay, pues, en él una marcada decadencia psíquica a causa de sus años.

En cuanto a que sea o no capaz de verificar el cóito normalmente, no disponemos de elementos que nos permitan pronunciarnos en uno u otro sentido. El hecho de que haya sido visto por las tres testigos mencionadas, cuando la Vanazza le sobaba el miembro viril, a insinuación de Elpidio Filemón, es un indicio más que admisible de que al sindicado ya le cuesta trabajo entrar en erección y tiene que valerse de las manos de la muchacha, o persona a quien desea usar sexualmente, para que le haga tales masajes; y según parece, ni aún así entra en erección, pues según constancias sumariales, el acto genésico con la Vanazza no se consumó. Si él estuviera con plena capacidad coeundi, es decir, con capacidad para verificar el ayuntamiento carnal, su miembro entraría en erección con la sola vista o proximidad del objeto deseado; y no fué esto precisamente lo que le ocurrió con la Vanazza, sino lo contrario, no entró en erección, y él hubo de contentarse con tocarle los órganos genitales externos a ella, y conque ella le tocara a él su miembro viril.

Deducciones.

De lo anteriormente expuesto deducimos que, Elpidio Filemón, es hoy un débil mental en grado marcado; que como hombre

que se encuentra en los postreros días de su vida cuando se acerca el fin de la misma, siente renacer la esperanza de una potencia coeundi que ya no le pertenece, o que ha perdido casi por completo, sensación de fuerza que ya no es más que el engaño de una última llamarada del instinto y del sexo.

Capítulo II

Señor
JUEZ
E. S. D.

En el sumario que por el delito de "corrupción de menores se sigue en ese Despacho contra Alcibiades Piza en la persona de Eufrosina Casia dispuso su Señoría "que por los médicos legistas se hará reconocer al procesado Piza para que digan si era impotente a la fecha de los sucesos".

En atención a lo solicitado, examinamos al procesado y estudiamos el expediente, y el resultado pasamos a exponerlo así:

Antes de entrar a resolver la cuestión propuesta, queremos hacer algunas consideraciones sobre lo que se entiende por impotencia coeundi, o sea, la imposibilidad permanente o frecuente para la realización del cóito.

La condición de este estado, es la falta de la erección del miembro viril, o su imperfecta erección.

En el hombre se encuentra la impotencia orgánica, que es clara en su interpretación médico-legal; y la psíquica que a su vez puede ser pseudo-impotencia; y la impotencia psicopática. La psíquica comprende fracasos aislados por emoción inhibitoria, deseos prolongados, fobias, asco.

La psicopática comprende estados mal interpretados como formas psíquicas, porque no hay lesión evidente y por no ser estable, porque en verdad responde a causas físicas, semifuncionales, semiorgánicas, y cuya fórmula constitucional sería, según el profesor doctor Nerio Rojas, hipogenitalismo, hiperemotividad, astenia; y la pseudo-impotencia, comprende las fobias puras, imaginación, perversión sexual, distracción.

En las causas orgánicas tenemos las de causas locales como mal formaciones del pene, destrucción traumática o quirúrgica en las operaciones de las hernias, o cicatriciales, en las causas generales, se cuentan: las caquexias, debilidad profunda, tabes, pa-

rálisis general, claro que en su período final, pues al principio de esta enfermedad, lo que predomina en el enfermo es una sobreexcitación genésica permanente que los lleva a verificar el cóito con frecuencia inusitada en los seres normales.

La impotencia fisiológica la hallamos en la niñez y en la vejez extrema.

En los niños la erección no existe, aun cuando no es raro ver, a veces, en ellos erección de su miembro viril, en las primeras horas de la madrugada, por la repleción de su vejiga. Y en los muy ancianos se nota también la erección por la misma causa. De ahí viene la expresión muy gráfica con que se suele aconsejar a algún amigo o relacionado que pretende contraer matrimonio en edad avanzada, y se le dice amistosamente: Piense bien el paso que va a dar, pues talvez lo que Uld. tiene, no es deseo de casarse, sino de orinar.

La actividad sexual se inicia en nuestro medio, en el niño a los catorce años, y cesa de acuerdo con las conservaciones clínicas, cerca a los 80 años en el hombre. Hay que tener presente que en biología nada es matemático. Hay casos de paternidad precoz, como el citado por Klose en un niño de nueve años, el de Hirst en uno de trece, y en un caso conocido por nosotros en un niño de trece años, y Leprince los justifica por el hallazgo de espermatozoides antes de esa edad. La erección aparece precozmente en el niño; en cambio, la eyaculación se produce mucho más tarde, como resultado de la función del testículo.

Hay también casos de paternidad tardía, como el siguiente, relatado por el Dr. Julio Robiglio, argentino, se trata de un habitante de la Patagonia, nacido en los desiertos del sur, hace la friolera de ochenta y ocho años. Inició su vida sexual a los 18 o 20 años. Se casa y tiene varios hijos. Enviuda y se hace a una concubina cuando él tenía más de 70 años, con la que tiene un hijo —sin ayuda alguna, pues viven en el desierto.— Más tarde traba relación con otra mujer, con la cual contrae matrimonio, previo "maridaje de prueba", durante el cual tuvo un hijo que falleció por raquitismo. A los 88 años la embaraza nuevamente, y la niña trae en su físico estigmas paternos evidentes; raquitismo, escasez de peso, que revelan la ancianidad del progenitor que no pudo transmitirle elementos vigorosos y completos.

Interrogada la mujer, que tiene 27 años, es viuda y ha tenido seis hijos, sobre la capacidad sexual de su esposo, dice que

"es capaz". Según ella, la erección se realiza casi normalmente, "el pene queda erecto pero no es muy duro", a pesar de ello el coito se realiza con satisfacción para ella. Es de notar que esas erecciones se presentan hacia la madrugada (posiblemente por repleción de orina), y pasan a veces varios meses en que existe verdadera impotencia.

El caso referido demuestra una vez más lo reñida que está la realidad con la estadística; y como el hombre puede, en los postreros días de su vida, cuando se acerca el fin de la misma, sentir renacer la esperanza de una potencialidad que ha perdido casi completamente. Sensación de fuerza que no es más que engaño de una última llamarada del sexo que le da un hijo que vendrá decrepito, que no podrá proteger por mucho tiempo, y no podrá defenderlo de las consecuencias lógicas de su decaimiento, porque al hijo le faltan muchos años para tener esa capacidad, y el padre en cambio solo tiene ante sí pocos días de vida.

No hay que ir hasta la Patagonia para demostrar que la vida no termina mañana; que sesenta y dos años e impotencia, bien sea coeundi o generandi, no son sinónimos. Casos similares al que relatamos como ocurrido en esas lejanas tierras, las hallamos entre nosotros a cada vuelta de esquina.

De entre ellos, estos: Hace más o menos cincuenta años, presencié en ésta ciudad las ceremonias religiosas del matrimonio que contrajo un sujeto de setenta y tres años de edad con una joven, quien sólo llegaba a los veinte años de existencia. Algunos de los hijos de este matrimonio, viven o han vivido en Bello, la patria chica del procesado.

Otro caso más reciente. En octubre de mil novecientos cuarenta y seis, un distinguido negociante de esta ciudad, de unos sesenta y ocho años de edad, viudo desde seis meses atrás y padre de una numerosa familia, diez y seis hijos, contrajo matrimonio con una respetable dama de esta ciudad, también viuda, la cual hace muchos años pasó las fronteras de la madurez. Pues bien, cuando él, a una edad tan respetada y respetable reincide en las contingencias de un segundo matrimonio, sus razones tendrá, ya que no siente apagada la llamarada del instinto del sexo.

Hechas las anteriores anotaciones, continuamos nuestra exposición:

— LOS HECHOS —

El día veintidós de junio de mil novecientos cuarenta y seis, a eso de las seis o siete de la noche, Alcibiades Piza, de sesenta y dos años de edad y casado, fué sorprendido por Berenice X y Ana Judit Z., en actitud de estar realizando el acto genésico con la menor Eufrasina Casia en el establecimiento de carnicería de aquél, situado en el área urbana del Municipio de Bello, Departamento de Antioquia.

La menor, a Fls. 3 y siguientes del proceso, dice que esa noche don Alcibiades la cogió de la mano, la entró al local de su carnicería y verificó con ella el acto sexual, que le dolió algo pero no mucho porque ya él había hecho eso mismo con ella en otras veces en el año próximo pasado.

Por su parte, el procesado dice que él es incapaz de usar mujeres por su edad avanzada —sesenta y dos años—, y alega insistentemente que él es impotente. Para sustentar su afirmación cita los nombres de dos médicos que lo han tratado para esta anomalía, el uno es una verdadera cima, el orgullo del cuerpo médico por sus profundos conocimientos, pulcritud y corrección en el ejercicio de su profesión, es el Dr. G. quien no recuerda haber tratado al procesado para la impotencia invocada, dice únicamente que "él atendió hace varios años, (26) al señor Piza en el Hospital de San Vicente, para una enfermedad que no es la mencionada por éste".

En efecto, el citado doctor con fecha veintiseis de agosto de mil novecientos cuarenta y seis, se expresa así: "hace varios años (26) atendí y examiné en el servicio de Clínica Tropical del Hospital de San Vicente, al señor Alcibiades para una meningitis sifilítica. Después le atendí varias consultas para esta enfermedad".

El otro médico sí dice que trató a Alcibiades para una impotencia, sin mencionar en que fechas empezó y terminó dicho tratamiento. No sabemos hasta dónde pueda dársele fé a este último testimonio, pues en el proceso no consta una sola fórmula de las expedidas por el citado médico con tal fin.

En las varias entrevistas que tuvimos con el procesado, nos manifestó que hace varios años que es impotente, pero a poco que se le acosa en el interrogatorio, dice que su impotencia no es total, que su miembro sí se pone erecto, aunque no completamente duro, pero que siempre puede realizar el coito con su mujer, cada

dos o tres meses, y que termina muy cansado porque la eyaculación no es muy rápida.

No hay en el expediente dato alguno que obre en favor de la impotencia pretextada por el sindicato, solo hablan algunos declarantes de confidencias que aquél les ha hecho después de iniciado el proceso, pero ni uno solo afirma que le conste que padece tal anomalía.

— EL PROCESADO —

Es casado, carnicero de profesión, de color blanco. Físicamente representa tener los sesenta y dos años que constan en su partida bautismal.

Alto de estatura, buena complexión general, cabello cano, ojos vivaces, con buenas reacciones a la luz y a la acomodación; tórax amplio: sus reflejos patelares, cutáneos y cremasterianos, normales.

Sus testículos son normales; su miembro viril, en estado de flacidez, mide catorce centímetros de largo por nueve de circunferencia. Son, pues, normales sus órganos genitales. No existen en él signos de parálisis general, tabes ni caquexia alguna.

Romberg negativo: no hay temblor de la lengua, ni de las extremidades de los dedos. Marcha, normal. Sus sistemas respiratorio, digestivo, circulatorio y génito-urinario, normales. En el frenillo tiene una cicatriz de chancro, recibo innegable de la sífilis que lo aquejó hace varios años, y para la cual fué tratado por el Dr. G.

En sus antecedentes personales figuran, además fiebre tifóidea y blenorragia, la cual afectó un testículo.

En su matrimonio no ha habido descendencia, a pesar de sus treinta años de casado.

En su esfera psíquica, el procesado se presenta al interlocutor, tranquilo; contesta con prontitud a las preguntas que se le hacen; su voz es clara, sin vacilaciones; su atención, memoria y juicio normales, y su percepción correcta. No hay en él ilusiones ni alucinaciones. Es, pues, un sujeto psíquicamente normal.

No encontrando en el procesado trastornos psicopáticos, ni causas de orden orgánica, ni hipogenitalismo, ni hipospadía, ni hiperemotividad capaces de explicar los fracasos que dice tener en la realización del cóito, y no siendo su edad (62 años) suficiente para admitir su pretendida impotencia, tenemos que conceptuar co-

mo en efecto lo hacemos, que Alcibiades Piza no es un impotente total su apetencia sexual y la erección de su miembro viril se hallan conservadas, aunque no con la fuerza de sus años juveniles; y el mismo procesado acepta esta afirmación, cuando nos manifiesta en sus entrevistas sostenidas con nosotros, que viene declinando, pero que se siente en ocasiones suficiente con su mujer, practicando el acoplamiento cada dos o tres meses; y si es suficiente con su mujer, también puede serlo con otra, conceptuamos nosotros.

Es nuestra opinión.

Julio Ortiz Velásquez
